

MINISTERIO ELECTRÓNICO

“Al anunciar el evangelio, no tengo de qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad. ¡Ay de mí, si no anunciara el evangelio!” (1 Cor. 9:16).

“Relataron cuán grandes cosas había Dios hecho con ellos” (Hech. 14: 27).

“Preparad el camino del Señor. Enderezad sus sendas” (Mat. 3:3).

CANTAR CON EL ENTENDIMIENTO

La relevancia de la música

Nuestra manera de cantar ejerce sobre nosotros y los demás una influencia poderosa. Muchas personas se han convertido al escuchar cantar un himno. Cada vez que los creyentes se reúnen para alabar el nombre de Dios, y elevar cantos al cielo en su honor, o bien para escuchar cantar y tocar a otros hermanos que poseen el don de la música, el alma se nutre espiritualmente, muchas decisiones buenas se toman en esos momentos; la mente se relaja, el corazón se sensibiliza de forma especial y queda preparado para recibir el pan de vida del sermón que nutrirá cada fibra, músculo y hueso el organismo espiritual.

Recordemos que la melancolía que atormentaba a Saúl se retiraba cuando escuchaba la música de David. Los cantos y la música estaba presente en la vida de peregrinaje de Israel; la música y el canto sagrado se enseñaba en la escuela de los profetas. Tanto en los servicios del templo, como cuando se trasladaban de un lugar a otro, hermosas melodías con textos apropiados para el momento, impregnaban el ambiente de una influencia santificadora, a la par que cumplía una función pedagógica, porque la repetición constante de los himnos contribuía a grabar en la memoria aquellos textos que contenían los aspectos importantes del plan de salvación, recuerdos de la benevolencia y favor de Dios, promesas y esperanzas hechas por el Dador de la vida a su pueblo, etc.

La música como parte de los servicios religiosos

La importancia de la música en la vida de los creyentes y en los servicios de la iglesia, queda ratificada por la Palabra de Dios que nos enseña que desde los orígenes fue compañera inseparable del ser humano. Tanto la música instrumental y vocal son, o deben ser, una parte importante en los servicios religiosos.

Algunos han tenido el criterio de que la música debe estar en un plano muy inferior a la predicación, o a la oración, pero esto no debiera ser así. No cabe la menor duda que el origen de la música, como ya se dijo, es divino. Dios inventó la música; las melodías más bellas que se hayan escuchado en el universo dimanan

de Dios y Él mismo también canta (Sof. 3:17). ¡Cuánto me gustaría escuchar cantar a Dios! Estoy seguro que a ti también.

Desde que era muy pequeño recuerdo que me gustaba mucho escuchar música y cantar. La zona donde nací es cuna de músicos, cantantes y pintores. Esa influencia de mi entorno me llevó a los trece años a formar parte de una banda musical del centro escolar compuesta por varios instrumentos. Yo tocaba la guitarra y también cantaba. Posteriormente canté en un par de grupos cuyo estilo musical era de canciones protesta.

Poco a poco me fui desarrollando en este campo y llegué a considerar la música como una prolongación de mi ser. Quería ser cantante, pero, a medida que cumplía años, me di cuenta que el mundo del espectáculo no era lo mejor para mí. Agradezco a Dios que me preservó de ejercitar este don para el mundo y ahora lo puedo ejercitar para Él y su iglesia.

Como toda buena dádiva, también la música se ha usado y usa para el mal. Podríamos hablar también de muchos temas negativos: La desvirtuación de la música, su poder de destrucción de la moral de la juventud, etc. Pero me voy a centrar en un aspecto que tal vez no ha sido muy tratado hasta aquí, y es la actitud mental que debemos tener cuando cantamos, a fin de que la música llegue a ser lo que Dios desea que sea: una gran bendición para ti y para mí y para todo el pueblo de Dios en la ancha faz de la tierra.

La música y el entendimiento

En el Salmo 47:6-7, se nos invita a cantar a Dios y a hacerlo con entendimiento; en la versión Reina-Valera del 95, dice con "inteligencia": «*¡Cantad a Dios, cantad! ¡Cantad a nuestro Rey, cantad!, porque Dios es el Rey de toda la tierra. ¡Cantad con inteligencia!*» ¿Qué significa esto?

La inteligencia o el entendimiento, es la facultad de comprender, de conocer, tener juicio y buen sentido. Lo cual significa que cuando cantamos a Dios debemos hacerlo como si estuviésemos realizando una oración. En la oración hacemos lo posible por eliminar toda interferencia externa, el centro de nuestro interés es Dios y todo lo relativo al plan de salvación; intentamos concentrarnos en lo que decimos y cómo lo decimos, hacemos esfuerzos mentales para mejorar el uso del lenguaje, para expresar cada vez con mayor precisión y concreción aquello que queremos decir a Dios, hacemos del acto un momento especial, único. Una oración en la que estos ingredientes no estén presentes, languidecerá por el tiempo hasta morir.

Al cantar debemos tener una actitud parecida. Pablo hace énfasis precisamente en este asunto, lo cual es una demostración de la importancia que tiene el cantar con el entendimiento: «*Cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento*» (1 Co. 14:15).

No debemos cantar de forma descuidada, atolondrada, parar y empezar cuando queremos sin tener en cuenta al resto de participantes, pronunciar de manera tal que no se entienda lo que decimos o gritar hasta ensordecir al de al lado o

cantar con otro tono del que está usando la congregación. Cantar moviendo el cuerpo o dando palmas es algo normal en el mundo y en muchas iglesias cristianas, pero todas estas manifestaciones no deben darse entre los creyentes del pueblo de Dios.

Es importante que cada creyente se esfuerce en cantar lo mejor posible. Es cierto que no todos poseen el don del canto o de la música, al igual que no todos poseen el don de la oración. Pero esto no quiere decir que no debamos orar. Habrá personas que siempre canten mejor que otras, mas todos nos debemos esforzar en hacerlo lo mejor posible.

«Tenemos que aprender a entonar los himnos de la redención aquí si alguna vez los hemos de entonar en el cielo» (Cada Día con Dios, pág. 338). «Todos deben dedicar tiempo al cultivo de la voz, para que la alabanza a Dios pueda ser cantada en tonos claros y suaves» (9T, 144).

Allá donde sea posible organícense clases de canto y música. Los hermanos o hermanas más experimentados, enseñen a la hermandad a cantar mejor los himnos, a aprender himnos nuevos, a entonar, a eliminar de la voz todo sonido desagradable, etc. Si la persona es muy negada para aprender a entonar, se le deberá enseñar que cante a bajo volumen para no desarmonizar con el resto.

Fórmense también coros con hermanos y hermanas más habilidosos, dúos, tríos, cuartetos y cante la iglesia al Rey de gloria. En definitiva cultívese este precioso regalo del cielo para que nuestra ofrenda musical sea más agradable a Dios.

Cantar con el entendimiento también significa pronunciar bien las palabras que decimos. Un orador que no habla con claridad no puede ejercer una buena influencia sobre sus oyentes. Los defectos en la pronunciación afectan al proceso comunicativo.

Para que exista un buen entendimiento entre ambos interlocutores se necesita entender las palabras que se hablan o cantan. Dios no necesita que hablemos correctamente para entendernos porque antes de expresar lo que vamos a decir ya lo sabe.

Pero la correcta pronunciación le honra más porque ejerce una influencia benéfica, primero sobre nosotros y también sobre el oyente, que puede ser llevado a un mayor nivel espiritual por lo que escucha (Ro. 10:17). Recordemos que los levitas leían claramente y poniendo el sentido en lo que leían (Neh. 8:8). Si hubiesen pronunciado mal las palabras ¿se les hubiese entendido igual? ¿Hubiesen ejercido la misma influencia sobre los oyentes? ¿Se hubiera alcanzado el objetivo de presentar las demandas de la ley con claridad? *«No es necesario cantar en voz alta, sino entonar en forma clara, pronunciar correctamente y tener una expresión nítida» (9T, 144).*

Cantar con el entendimiento no es una negación de la belleza y de la alegría. El mismo Señor Jesucristo nos dio ejemplo al cantar con alegría y gozo en su corazón: *«A veces se ha dicho que Jesús no sonreía nunca. Esto no es correcto. La inocencia y la pureza de un niño extraían de sus labios un canto gozoso» (Exaltad a*

Jesús, pág. 84). El término “alegre” no significa que tengamos que estar dando saltos en el salón de culto; hay una gran diferencia entre cantar con el corazón henchido de gratitud hacia Dios y de gozo por la salvación tan grande que Él ha operado a favor nuestro, que estar moviendo todo el cuerpo excitado por una música que incita, por su ritmo, al baile o al movimiento.

Algunos argumentan que David también bailó, pero era un baile para Dios, sacro y lleno de reverencia, que tenía un objetivo cultural. Los hombres y las mujeres no danzaban juntos y siempre se hacía, como ya se dijo, para alabar y honrar el sacro nombre de Dios:

«La música y la danza de alegre alabanza a Dios mientras se transportaba el arca no se asemejaban para nada a la disipación de los bailes modernos. Las primeras tenían por objeto recordar a Dios y ensalzar su santo nombre. Los segundos son un medio que Satanás usa para hacer que los hombres se olviden de Dios y le deshonren» (PP, 766).

«Los que hacen del canto una parte del servicio divino, deben elegir himnos con música apropiada para la ocasión, no de notas fúnebres, sino alegres, y con todo, melodías solemnes» (Ev, 371).

El cantar con el entendimiento no es sinónimo de “emocionarse”. La capacidad de despertar emociones y sentimientos no es siempre una prueba de que el Espíritu Santo está obrando en nosotros. No debemos olvidar que la fe no es un mero sentimiento sino un principio.

Así es que no caigamos en el error de pensar que si no siento emociones y sentimientos especiales es que no sirve para nada lo que canto, y al contrario: que si me emociono es señal inequívoca de que lo que estoy cantando o escuchando cantar agrada a Dios y que me encuentro más cerca de Él. En los cultos, al cantar, a veces nos podemos emocionar y otras no, pero no pasa nada por ello.

La música en general tiene la capacidad de despertar emociones y sentimientos, por eso la gente se emociona y se les pone los pelos de punta escuchando canciones mundanas, también nos pasa a nosotros si las escuchamos. Las músicas modernas, con sus estridencias, sonidos sintéticos, ritmos y cadencias, textos sentimentalistas y románticos, despiertan emociones y excitan la mente.

Los jóvenes que están en la discoteca bailando, bebiendo su ración semanal de alcohol y fumando el pitillo, pueden estar con los ojos cerrados, extasiados y emocionados con la música que les envuelve, pero no hay nada en ello de sagrado, ni un gramo de fe, nada que pueda agradar a Dios.

No obstante pueden sentirse muy bien, estar alegres, emocionados. Pero ¡cuán lejos de Dios se encuentran! Puede ocurrir lo mismo en una congregación religiosa. La gente puede estar dando palmas, moviendo el cuerpo, elevando las manos al cielo con los ojos cerrados y sentir una especie de éxtasis religioso que les lleve al culmen de las emociones. Pero esto no es ninguna garantía de conexión con Dios. Lo que realmente importa es tener un conocimiento práctico del Evangelio, una relación viva y permanente con Dios. *«Algunas veces sobrevendrán al*

alma la oscuridad y el desaliento, y amenazarán abrumarnos; pero no deberíamos desechar nuestra confianza. Debemos mantener la vista fija en Jesús, haya o no sentimiento. Deberíamos tratar de cumplir fielmente cada deber conocido, y descansar luego tranquilamente en las promesas de Dios» (MJ, 109).

En resumen, querido lector, ¿qué es lo importante para el Señor? Vivir de acuerdo a su voluntad (Mt. 7:21), el amor expresado en la obediencia a sus Mandamientos (Jn. 14:15). Depender de su Palabra, confiar en los méritos de Cristo y esperar en sus promesas.

Los cristianos debemos discernir entre el “encontrarme bien” porque tengo algún sentimiento especial y el “creer” por encima de mis emociones y sentimientos. Al cantar con el entendimiento nos estamos centrando en el mensaje que exhalan nuestros labios, nos estamos identificando con el texto, lo estamos haciendo nuestro y le estamos pidiendo a Dios que esas palabras se apliquen en nuestra vida, tengamos o no siempre emociones o sentimientos especiales.

El canto de los redimidos

La música continuará existiendo a través de la eternidad. Formará parte de la experiencia de los redimidos resucitados (Isa. 26:19) y de los vivos trasladados: «Y todos exclamamos: *¡Aleluya! Muy poco nos ha costado el cielo*”. Pulsamos entonces nuestras áureas arpas, cuyos ecos resonaron en las bóvedas del cielo” (PE, 17). *“Allí los redimidos saludan a quienes los encaminaron hacia el Salvador. Se unen en alabanzas a Aquel que murió para que los humanos gozaran una vida tan duradera como la de Dios. Acabó el conflicto. Concluyeron las tribulaciones y las luchas; los cantos de victoria llenan todo el cielo, al rodear los rescatados el trono de Dios. Todos entonan el alegre coro: “Digno, digno es el Cordero que fue inmolado”, y que nos rescató para Dios» (MC, 405).*

«A todos se les pone en la mano la palma de la victoria, y el arpa brillante. Luego que los ángeles que mandan dan la nota, todas las manos tocan con maestría las cuerdas de las arpas, produciendo dulce música en ricos y melodiosos acordes. Dicha indecible estremece todos los corazones, y cada voz se eleva en alabanzas de agradecimiento. “Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre; a él sea gloria e imperio para siempre jamás”» (Ap. 1: 5-6) (CS, 704).

Los 144.000 también entonarán un canto especial cual nunca se ha escuchado en el universo, inspirado en su propia experiencia (Ap. 14:1-5). En la tierra nueva, cada sábado se escucharán los cantos de amor y de alabanza en honor a Dios y a su Hijo Jesucristo quien murió para salvarnos, millones y millones de ángeles y de redimidos de todos los tiempos elevarán sus voces perfectamente unidas y armoniosas.

«Y toda cosa creada que esté en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, las oí decir: ¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los

siglos de los siglos!» (Ap. 5:13 VM). ¿Quieres estar allí? Sí, yo también. ¡Prepáremos, pues, para ese evento futuro!

¡Qué hermoso don nos ha regalado Dios! ¿Lo usaremos para su honra y gloria? ¿Cantaremos con el entendimiento? Consagrémonos de todo corazón a Dios en esta tierra y cantemos, cantemos las maravillas de aquel que nos sacó de las tinieblas a su luz admirable. Amén.

José V. Giner